



PARA LA EDUCACION Y PROGRESO DE LOS ARTESANOS.

{ Tom. I. }

México, NOVIEMBRE 2 DE 1844.

{ Núm. 39. }

**MORAL.**

EL OCIOSO Y EL VIRTUOSO.—*Remitido.*

Los hombres, según los discretos, no son apreciados por sus riquezas sino por sus virtudes; el hombre que trabaja y es laborioso, siempre está alegre y su corazón tranquilo, no piensa más que en el beneficio de sus semejantes; sus miembros son ágiles; cuando descansa halla más consuelo que el que no se ha fatigado; las viandas de su comida le son bien sabrosas; el agua que bebe le parece que refresca todos sus miembros; las caricias que recibe de su amada le son sumamente gratas. No así el que ama la ociosidad: todo le causa fastidio, y no más aprecia las riquezas porque cree que basta solamente poseerlas para ser feliz; trata de divertirse, pero nada le consuela; se procura el deleite, y lo encuentra acibarado; la naturaleza misma lo castiga, privándole de la pureza de sus goces; sus miembros se hacen pesados, no hay postura que le agrade, ocupación que no halle dificultosa, inconveniente que no le sea insuperable; abriga el deseo de no querer existir, y en todo encuentra insipidez ó no se llena bastante de cuanto disfruta á medias. ¡Qué contraste tan notable para elegir con acierto la vida del hombre virtuoso y feliz por medio del trabajo! Elijamos, por tanto, entre éste y el primero, y veremos claramente, que si abrazamos las fatigas del trabajo, nos dará éste por premio los placeres y el consuelo de la virtud; pero con la ociosidad, abrazaremos los amargos sinsabores é inquietudes que siempre la acompañan.

El hombre ocioso es un ente despreciable, nocivo, gravoso y perjudicial á la sociedad; oye con desagrado y aun se ofende con los consejos que suele recibir del hombre virtuoso; es también despreciado aun de los mismos insensatos como él á quienes enfada su compañía; su pensamiento se ocupa por lo regular de proyectos dañosos ó de cometer crímenes. Al contrario el hombre trabajador, y por lo mismo virtuoso, es apreciado por todas partes; el magistrado, el rico, los niños, y aun los criminales lo respetan; su familia lo estima, como que él, atiende á su subsistencia, y ella ruega al cielo fervorosa por su conservación desde el seno interior doméstico; sus penas son aliviadas por los suyos y los extraños, todos procuran, en fin, proporcionarle contentos y disminuir sus pesares, porque todos lo consideran útil y benéfico.

¿Y habrá hombre que en vista de esto no aprenda á amar el trabajo para poder ser virtuoso y apreciado de los demás? ¿Quién deseará lo contrario, según queda antes manifestado en cuanto al ocioso, que tan solo por serlo, menos goza, y todos huyen de él y lo desprecian? Creemos que ninguno que siquiera sepa raciocinar. Así es que el hombre que conoce que su deber es proporcionarse su bienestar y asimismo el de sus semejantes, si no lo cumple, es más criminal que el que lo ignora: el que quiera recibir auxilios es necesario que los haya prestado, y no puede llamarse virtuoso si solo

afana por él mismo, cuando no trata de hacer que el vicioso abraza la virtud, cuando nada se le da del mal que otro padece, cuando solo imparte servicios aparentes con el fin de engrandecerse; pues entonces, si así obrare, no es virtuoso, solo atiende á fomentar su interés propio, sin hacer nada en beneficio de los demás.

Hé aquí el motivo por qué debemos elegir la conducta del hombre virtuoso, apreciable y útil por el trabajo, con el que le viene consiguiendo no solo estos bienes de buena reputación entre los otros hombres, sino la mejor satisfacción de sus placeres, el medio más seguro de su fortuna y el positivo consuelo de su vida; y hé aquí igualmente, por qué debemos aborrecer al ocioso, que no disfrutando de una vida tranquila y agradable verdaderamente, es dañoso por sus costumbres, es miserable por su inacción en el trabajo, y es incapaz de gozar una pura y cierta felicidad mientras viva.

¡Artesanos, hijos naturales del trabajo! horrorizaos del triste estado á que se mira el hombre reducido por el ocio, para que os cuideis mucho de no llegar á deslumbraros en ningún tiempo por su falso brillo y engañoso descanso; y advertid además, que no haciendo una justa distinción los que viven por las riquezas de la fortuna accidental, entre el hombre que abraza el ocio por afecto, y el que se halla ocioso por falta de trabajo, en razón del estado actual de las cosas, os confunden con aquellos, os achacan sus defectos, y levantan la voz porque sois perseguidos como viciosos y perjudiciales á la sociedad. Sabed, que las indignas costumbres del vicioso atraen sobre vosotros las quejas de los opulentos, sin considerar que no son todos lo que parecen por el traje humilde que los cubre; y que si muchas manos no están ocupadas en los talleres y otros ejercicios honestos y provechosos, no por esto emplean sus riquezas para ocuparos y remediar así los males de que se lamentan, el alivio de vuestra suerte, el aumento de sus mismas riquezas, la estinción posible del ocio en quienes se aloja por necesidad, el fomento de las artes y oficios, y la conversión de los ociosos por vicio en útiles y virtuosos trabajadores.

Estos, pues, deben ser los remedios de parte de los que tienen el poder pecuniario en sus manos, y no las lamentaciones; pues es bien puesto en razón que cuando se acuse, sea en verdad, y cuando se castigue haya culpa; que cuando un rico pretenda gracia del artesano por medio de su trabajo, y la recibe con facilidad, no sea la recompensa que por lo común le da, ocuparlo con el deseo de conseguir una buena obra con mucha comodidad, sino protegerlo, premiándole bien su trabajo á proporción que lo merezca é impulsándole con el buen pago al adelantamiento y perfección de sus artefactos; que este es el mejor estímulo del amor al trabajo, y el medio más eficaz para conservarlo en la virtud, que las artes puedan prosperar con su auxilio y que se destierre, la ociosidad. De otra nada se consigue, y es por tanto una